

DEL CORAZÓN DE CUÉLLAR AL CORAZÓN DE ÁFRICA

La pediatra cuellarana Beatriz Salamanca Zarzuela participa en una expedición humanitaria en Guinea Bissau donde han atendido a más de 200 niños con patologías muy complejas

CRISTINA SANCHO / CUÉLLAR

El ser humano no es consciente de lo que tiene a su alrededor hasta que no sale de su zona de confort. Y aunque todo es mejorable, cuando hablamos de sanidad pública, es fuera de España cuando verdaderamente se descubren las diferencias. La doctora en pediatría cardiaca, Beatriz Salamanca Zarzuela acaba de regresar a Cuéllar y al Hospital Universitario Río Hortega de Valladolid, donde ejerce su especialidad, tras pasar quince días en una expedición sanitaria en el hospital Simao Mendez de Guinea Bissau. La experiencia ha sido dura no solo en lo profesional sino en lo humano por todo lo vivido por primera vez, pero tiene claro que volverá para seguir ayudando a los niños de este país africano, uno de los más pobres del mundo, en el que la mortalidad de los menores de cinco años se sitúa en un 84%.

Salamanca ha formado parte de un grupo de quince profesionales sanitarios de Valladolid, León, Asturias y Cataluña capitaneados por el cirujano jefe de Pediatría del Hospital Clínico Universitario de Valladolid, el doctor José María Pradillos. El es el alma de la Asociación sin ánimo de lucro Sopesur y viaja una vez al año junto con otros cirujanos pediátricos, enfermeros, anestesiistas y otros especialistas en pediatría para «que los niños puedan beneficiarse de una cirugía en el tiempo que están allí. Los pediatras pasamos consultas para valorar qué niños pueden beneficiarse de una cirugía que sea lo más curativa posible», explica la pediatra. Además, pasaban consulta en la UCI pediátrica de neonatos, y de otras especialidades pediátricas por si podíamos aportar a los médicos de allí.

La cuellarana de 39 años no dudó en embarcarse en esta aventura cuando se lo ofrecieron debido a la especialidad de cardiología que tiene. Con anterioridad ya había colaborado con otras ONG's a nivel nacional con niños con distintas patologías y en su cabeza siempre había estado presente tener una experiencia de ayuda humanitaria en el extranjero. Tras cuadrar las fechas para poder desplazarse con permiso de su trabajo y sin sueldo, hasta allí han viajado con 500 kilos de material sanitario que han utilizado gratuitamente hasta que se han agotado. Han visto a unos 200 niños con patologías difíciles de imaginar en occidente y han podido operar a entre 35 y 40 niños.

«La sanidad no tiene nada que ver con el concepto de sanidad pública



Beatriz Salamanca acaricia a un niño en uno de los pasillos del hospital de Guinea Bissau. / DS

que tenemos en España. Allí existen una serie de clínicas privadas a las que accede muy poca población porque Guinea Bissau es uno de los países más pobres del mundo, y la sanidad pública es muy deficiente», comenta la pediatra, que ha trabajado en el hospital Simao Mendez, el más grande del país y con los mejores medios, aunque asegura que tiene grandes carencias. Así, cuenta que no hay respiradores, ni bombas de perfusión de medicamentos. «La propia vía para poner el medicamento no hay, lo tienen que comprar, los fármacos los tienen que pagar, les hace la receta, los compran

y los traen al hospital para ponérselo. Tienen que pagar absolutamente todo», relata.

De los quince días que han pasado en Guinea Bissau han trabajado desde las 8 de la mañana y hasta las 12 de la noche con apenas media hora para comer. Algunos días sin luz, otros sin agua e incluso uno no funcionaba absolutamente nada. «Ese día tuvimos que parar tres horas y fuimos a visitar un manglar, que fue como un soplo de aire fresco. No he visto nada más de Guinea Bissau», comenta. De hecho, desde la ONG con la que hay viajado aconsejan a los sanitarios que participan por pri-

mera vez no estar más de 15 días porque si no la experiencia les puede afectar mucho psicológicamente. «Aun yendo superpreparada hay cosas para las que no te puedes preparar. A pesar de todo lo duro que hemos vivido, fábamos un equipo de personas maravillosas y eso es fundamental y hace que estés a gusto y bien», comenta. En su caso se preparó aún más si cabe patologías cardíacas que pensaba que podrían ser más habituales y tuvo que estudiar cosas que normalmente no se ven como tuberculosis avanzadas o malaria... «pero lo que me encontré allí no tenía nada que ver con lo que

esperaba, era mucho más grave de lo que pensé que me iba a encontrar. Si vuelvo a ir, que volveré lo prepararé de otra manera y sabiendo que no tienes nada», asegura.

En Guinea Bissau según explica no hay un diagnóstico prenatal y tampoco un seguimiento del recién nacido, por lo que se han encontrado niños con patologías que llevaban años sin que les hubiera visto un pediatra. Además, es un país en el que hay muchísimas malformaciones, porque además a las embarazadas se les da una medicación que es implantable que se pone en Occidente porque se sabe que provoca malformaciones a los niños. Si a eso le sumas una población malnutrida y en la que muchas personas tienen VIH y tuberculosis... «lo que es una patología grave, en un cuerpo con mucha patología de base pues es peor», asegura.

En estas dos semanas, a la dificultad de encontrarse con cosas terribles se suma también el hecho de informar a las familias de que no hay esperanza de curación para su hijo. Si esto ya es difícil de comunicar por naturaleza, en un idioma, el criollo, lo es más aún a través de un intérprete. «Aunque allí sea más frecuente no es menos doloroso de lo que pueda ser aquí. La calidad de vida, si

«Los padres son superagradecidos por haber acudido a valorar a sus hijos»

enfermas, no hay casi posibilidad de salida. Pero me ha sorprendido mucho que a pesar de las situaciones tan terribles que hemos vivido y de que estas malas noticias que hemos tenido que dar a algunos padres, ellos han sido super amables y super agradecidos por haber acudido a valorar a sus hijos, aunque no les hayamos podido solucionar su problema», comenta.

Además de desarrollar su trabajo en el hospital de Guinea Bissau, también acudieron un día al medio día a la facultad de medicina para impartir unas clases con conocimientos básicos que aún así tuvieron que adaptar a lo más esencial. «La facultad es un poco curiosa porque la llevan médicos cubanos que dan clase en español. En mi caso les enseñé reanimación cardiopulmonar pediátrica que lo tuve que adaptar sin tener nada y los estudiantes super agradecidos y fue una experiencia muy interesante», recuerda.

Ya de vuelta en España y tras ir asimilando todo lo vivido no deja de trasladar a todo el mundo la suerte que tenemos de haber nacido dentro de hemos nacido. «Sus vidas no valen menos que las nuestras por haber nacido allí, pero es que no tienen nada, no tienen para comer. Todo el mundo debería mirar por un agujero lo que hay no tan lejos de nosotros para saber que somos unos afortunados», concluye.